



LA REVOLUCIÓN Y EL MATRIMONIO SON UN SUEÑO ETERNO

📖 ENSAYO DELIRANTE 📖

POR
NICOLÁS A. VALDÉS MAVRAKIS

SEGUNDA PARTE



Paul Buchman: Why is it I love you any more in the middle of February than on, say, August 21st? You know, to me, every day with you is Valentine's Day.

Jamie Buchman: So, in other words, you forgot to buy me a card.

Paul Buchman: That's what I'm saying.

5. THE END

El último capítulo de *Mad About You*, "The Final Frontier", se grabó en mayo de 1999. Lo dirigió Helen Hunt y le valió otro premio, esta vez como directora. El personaje de Mabel (Janeane Garofalo), hija del - al fin - matrimonio, explica cómo terminó la historia – que como todos los grandes finales, en realidad, no es un concreto e indiscutible final sino, por el contrario, la continuidad o, mejor aún, los comienzos de algo nuevo, *que ya no veremos*. Y termina – o seguirá, aunque ya no estemos del otro lado de la pantalla como testigos privilegiados - como tenía que terminar – o continuar - después de tantas idas y vueltas, de conflictos, de reencuentros, de sutiles y grandes cuestiones, de parientes, trabajos, sexo, los años, una hija y, en especial, amor: siempre amor, aunque con sus sanos y necesarios altibajos.

La acción transcurre en el año 2021. Mabel, ya adulta, explica qué fue de todos los personajes del programa. En cuanto a sus padres, su madre, nos dice, volvió a quedar embarazada en 2005, pero lo perdió. También en algún momento volvieron a separarse, ya mayores, pero volvieron a juntarse.

La relacionista pública, hiperurbanizada, competitiva y neurótica Jamie Eunice Stemple de Buchman, hija de un carnicero de New York, casada con Paul Buchman, el documentalista hijo de comerciantes, juntos desde el comienzo hasta el final, terminan por descubrir que el sutil y difícil arte de vivir y convivir en matrimonio podía ser posible: un logro revolucionario en tiempos donde imperan las des-uniones y el individualismo en todos lados. Ya creo haber demostrado que no es un triunfo inocente: ese bacilo de Amor es el principio creador de todas las grandes revoluciones que fueron y que serán (lo que nos lleva a inferir algo razonable: seguro que en la NBC se ocultan marxistas hegelianos y troskistas que saben esto muy bien, no lo dudemos, y que difunden estos ideales románticos con plena conciencia).

Como cierre, con una hermosa canción de amor de fondo, Mabel nos muestra una foto de sus padres por última vez y sólo dice... "*And these two, if you'll pardon the expression, lived happily ever after.*"

6. SOMETHING

Pero hay un capítulo *interesante*, uno que demuestra que con el éxito asegurado igual pueden hacerse cosas innovadoras, originales y hasta diría casi vanguardistas, sin perder jamás de vista el esfuerzo y los logros actorales. Es un capítulo hecho *a pesar* del éxito. Y tiene un *algo* inasible que vale la pena tratar de dilucidar en estos renglones.

Me quedó particularmente grabado porque reúne todo lo que, para mí, justificará ese perdurable anaquel de imborrable recuerdo en la historia de la televisión, si es que existe algo parecido a una gran Galería de la Memoria donde lo memorable perdurará para siempre y con grata justicia, además. (Escribo "televisión" y aclaro: un programa así es patrimonio de la televisión – yanqui -, sí, pero *también* es patrimonio de quienes, en todo el mundo, lo vimos y lo vemos y le otorgamos – porque se lo ganó - nuestro granito de adoración, ése que, sumado a los otros millones en todo el planeta, jamás permitirá que el Olvido se asome).

Volviendo al capítulo: es interesante y es de 1997. Se llama "The Conversation", y salió al aire un 16 de diciembre. Lo dirigió Gordon Hunt, el padre de Helen, quien además era ya merecedora, sin saberlo aún, de un Oscar como Mejor Actriz por su papel en *As good as it gets*. Acá sin dudas lo demuestra, con o sin Oscar. Contiene toda la magia, toda la ternura, la gracia, todo el humor y el drama – en el sentido de "no sólo chistes" sino también *realismo* – que esta serie de televisión sobre el – o *un* – matrimonio (que es sin dudas la más compleja de las relaciones humanas) pudo haber construido durante sus 7 años. Contiene algo más, también, que es aquello con lo que todos los matrimonios deberían

contar siempre, su único capital – qué feo mezclar dinero y amor, pero qué inevitable - cierto y perdurable: todo el amor.

Es así: Paul y Jamie son padres novatos; Mabel, su hija, ya ha cumplido algunos meses. Los suficientes como para que, según algún especialista de la NYU, si llora en medio de la noche, ya no sea rigurosamente necesario que sus padres corran a ella y la tranquilicen alzándola y mimándola hasta que, otra vez, vuelva a dormirse. La idea es sencilla: se supone que empezará, de ese modo, a valerse por sí misma por el resto de su vida. Este asunto, además, tiene un método: hay que acostar a Mabel a la noche, como siempre, con mimitos y upas y demás, hasta que se duerma. Después, el asunto viene así: al primer llanto, los padres deben esperar cinco minutos y *luego* de ese lapso uno de los dos debe entrar y “confortarla verbalmente”; es decir, tranquilizarla hablándole pero sin tocarla. Luego tienen que abandonar la habitación *antes* de que vuelva a dormirse. Si llora de nuevo, entonces hay que repetir la operación, pero esperando diez minutos antes de entrar. Si sucede de nuevo, quince minutos. Este detalle es importante porque ciñe el capítulo a exactos 25 minutos, poco más, poco menos. Al final veremos por qué *no es* apenas un detalle.

Parados ante la puerta de la habitación donde duerme la bebé, como todas las noches en su departamento - el famoso 11 D de aquel edificio gigante de ladrillos rojos en Nueva York, que puede ser cualquiera y todos, a la vez (lo cual, si se piensa, no es un signo menor) -, los padres esperan los primeros cinco minutos de rigor: Mabel está adentro, llorando *terriblemente*. Paul y Jamie intentan no moverse, pero no les resulta fácil; muy nerviosos, conmocionados y apenados por el llanto, se amenazan entre sí con entrar antes de tiempo. Discuten porque los dos sienten que se les rompe el alma: su hija llora adentro, sola y en la oscuridad: sienten que es dañino no hacer nada. Pero también creen que es importante que la bebé empiece a saber (o a intuir, o a percibir) que *tiene* – por lo pronto en eso mínimo, en dormirse a la noche – que arreglarse sola, sin

contar *siempre* con la ayuda de sus padres. Tienen que empezar a consentirla menos; es importante para su futuro, dicen “los que saben” en la NYU.

Cronómetro en mano, Paul y Jamie sufren cada lágrima de su hija hasta que – al fin – se cumplen los largos cinco minutos de rigor “que algún sádico en una universidad piensa que son elementales para la psicología de los niños”, dice Paul. Y Jamie, ansiosa y culposa, entra corriendo a la habitación donde está la cuna. Le habla a Mabel, sabe que no tiene que tocarla: solamente hablarle, calmarla hasta que se predisponga a dormir, “reconfortarla verbalmente” y salir antes del sueño. Cierran con cuidado la puerta: siguen ahora parados, ahí, expectantes. En medio del asunto, no encuentran a su perro de siempre, a Murray. ¿Dónde está? Adentro, con Mabel. Sacan entonces a Murray cuidando que Mabel no los vea. (Paul entra arrastrándose a la habitación, Murray sale con él: los dos se arrastran como soldados). Cierran la puerta. Entonces retorna el llanto: ahora son diez minutos.

Sentados ante la misma puerta, vuelven a discutir qué están haciendo ahí afuera, en vez de entrar a mimar a la hija que los reclama. ¿Hacen bien, hacen mal...? Lo discuten: Jamie dice que no va a malcriar a su hija; le dice a Paul que probablemente los padres de él habrían entrado durante su infancia a su habitación a tranquilizarlo, sin dudas, incluso si lloraba el chico del departamento de al lado. Se ríen, descargan tensiones. Hablan entonces de sus padres y, como Mabel sigue llorando, destruidos, sentados ante la puerta, empiezan a revolver lo que haya al alcance: cualquier cosa que los distraiga sirve. Agarran una revista cualquiera, pasan las hojas juntos, pero... esos diez minutos son eternos. Conversan trivialidades, cantan, conversan temas serios, se ríen. Son ya un matrimonio con un hijo; él trabaja todo el día, ella está con la bebé: apenas si tienen tiempo de hacerlo: *ya no es como era antes*. Lo sabían, claro, pero bastan esos diez minutos de charla para que tomen clara conciencia de eso: un hijo cambia la vida hasta en sus detalles más cotidianos. Hacía

tiempo que no hablaban por el hecho mismo de hacerlo, más allá de lo utilitario y elemental de todos los días.

Jamie come un antiquísimo caramelo que encuentran en un placard, sólo por nervios, claro, pero *siempre* al lado de la puerta detrás de la cual está Mabel. Resisten y aguantan *juntos*. De nuevo, por fin, se cumple el tiempo: entra Paul, le habla al bebé, la calma, comienza de nuevo a dormirse... y sale del cuarto. No lo ha hecho nada mal, se dice él mismo. Cunde el silencio. Finalmente, pueden irse a dormir. Hasta que... llora otra vez. Quince minutos.

Pero no solamente llora: llora con estrépito: los dos se sienten ahora peor que antes; los dos quieren entrar y abrazar a su bebé. Quieren detener el llanto antes que cualquier otra cosa del mundo. Pero todavía resisten afuera. Por momentos Paul contiene a Jamie, por otros, Jamie a Paul: cuando uno se siente débil, el otro *siempre está ahí* para apoyarlo: como pareja, siempre, con altibajos, funcionaron bien. Ellos lo saben. Como padres, ahora, intentan hacer lo mismo. Pero no saben si lo son; no saben si son buenos, y tienen miedo. Exactamente lo mismo les sucedía antes con el matrimonio, pero jamás encontraron fórmulas infalibles: es una cuestión de día a día, de voluntad (buena), de esfuerzo y, en particular, de amor. Antes eran responsables sólo por ellos ante ellos mismos; ahora, *además*, una vida que es el fruto de su amor depende de ambos. (También de esto hablaron alguna vez: los hijos como síntesis amorosa de lo mejor de cada uno de ellos, reunido mutuamente en una personita creada amorosamente por ellos mismos). Y ahora, ¿entran o no...? ¿Deberían hacerlo, deberían aguantar? ¿Qué es bueno, qué es lo malo para la bebé? ¿Y cómo pueden saberlo?

No sé si en éste capítulo en particular había risas del público en vivo; sí creo recordar – estoy casi seguro – que a partir de acá enmudecen. Paul está preocupado; Jamie empieza a sentir un agudo dolor de estómago. Aún faltan muchos minutos para que se cumplan los quince. Paul le pregunta a Jamie qué le pasa, porque la ve mal. Nosotros los espectadores somos un poquito torpes y

pensamos “fue el caramelo, claro”. Pero su marido la conoce mejor y le pregunta: “¿qué te pasa...?” Y ella nada. “¿Qué te dicen tus entrañas?” – por favor, téngase siempre presente que al otro lado de la puerta que jamás la cámara dejó de filmar y que ellos nunca abandonaron, la bebé llora, llora como nunca – “De verdad, pero de verdad, ¿qué te dicen tus entrañas, ahora?”. Y se lo pregunta con ternura, como esposo y como padre: no es un reproche ni mucho menos. Todavía faltan unos cuantos minutos para llegar a los quince. Entonces Jamie habla: dice que no sabe. Paul se acerca hasta ella muy despacio: le hace la misma pregunta, al oído, con suavidad, otra vez. “No es el caramelo; a mí me parece que lo que te hace sentir mal es oír el llanto de tu propia hija detrás de una puerta, y no poder hacer nada, como a cualquier madre”, argumenta Paul. “Decime, ahora... ¿qué te dicen, *en serio*, tus entrañas?” (Y la abraza). Jamie duda... está confundida.

El puro instinto maternal se entremezcla con cualquier sofisticado y calculado “deseo de bien” – por supuesto bienintencionado y genuinamente amoroso - detrás de lo que están tratando de hacer esta noche. Entonces al fin su rostro cambia: la voluntad racional cede ante el profundísimo instinto maternal que irrumpe – literalmente - incluso desde sus vísceras: nadie mejor que Helen Hunt para pasar creíblemente de la risa al llanto, en apenas un segundo, a través de un gesto perfecto y emotivo como pocos pueden, y una mirada profunda. (Qué sé yo... yo sé que yo – y cualquiera que pueda verlo – me conmoví ante esta sutilísima escena hasta las lágrimas. Pero sigamos: falta lo mejor. Voy a intentar escribirlo como lo recuerdo; sé que es inútil, porque es inmensamente más hermoso verlo y dilucidar en segundos qué tan profundo es el arte de la actuación en manos de una excelente actriz como ella).

Porque entonces Jamie empieza a llorar: mientras llora – entiéndanlo: *llora como una madre que oye llorar a su bebé detrás de una puerta que no puede atravesar* -, dice que sus entrañas dicen que no importa nada cualquier estúpido estudio de psicología; dice que siente que *tiene* que entrar a esa habitación y abrazar *a su*

hija, y besarla y hablarle y tranquilizarla *hasta que deje de llorar*. Y lo dice ahora, mientras sus lágrimas caen a la vez que ella se levanta para hacer lo que dice, firme al fin; y más aún: se levantan *juntos* del suelo que no quisieron nunca dejar, ante la puerta que jamás quisieron abandonar durante toda la noche; y están por abrirla juntos y entrar cuando, de repente, Mabel, allá adentro, solita, deja de llorar. Porque, finalmente, se durmió. Solita, por primera vez.

Los dos, llorando y emocionados, ante esa misma porción rectangular de madera que resguarda al fruto de su amor, se alegran y se abrazan con – también – mucho amor. Muy fuerte se abrazan. Pueden felicitarse: son buenos padres, o, al menos en principio, no lo han hecho tan mal. Resistieron todos sus impulsos – o casi – para hacerle un bien a su hija. (Y no importa si *en serio* lo que hicieron es bueno o malo: el argumento se basa en que *es bueno*, y toda película o serie abona un discurso que es siempre autorreferencial: una serie de tv es una totalidad que remite a sí misma y a todo su propio universo como fundamento de todo verosímil. Lo que querían hacer *es lo bueno* porque *es lo bueno*. Discutir y replicar esto sería absurdo, sería perderse la esencia de lo que se está tratando de transmitir; sería, a fin de cuentas, no haber entendido nunca nada del cine y de la televisión en particular, ni de la vida en general).

Así como alguna vez no sabían qué era el matrimonio, pero *juntos* lo fueron descubriendo, ahora, con la paternidad y la maternidad, les sucede lo mismo: *juntos, otra vez*, lo logran.

Ante la puerta cerrada, ahora, están ya más calmados: los dos, emocionados, se besan: *lo lograron*. Pueden irse al fin, *tranquilos*, a dormir. Pero antes, y para que nunca persista la errónea idea de que existen fórmulas prefabricadas e irrefutables para todos aquellos “enigmas de la vida” (como podría ser, uno de ellos el matrimonio) ocurre el siguiente diálogo: Jamie dice “¿Te das cuenta? ...Le rompimos el corazón... ahora ella sabe que sus padres no van a estar siempre que los necesite...”.

“¿Y eso no es bueno?”, le pregunta Paul.

25 minutos de cámara fija ante una puerta; Kafka¹, pero con un *sweet happy ending*. Todo está filmado en una sola larga escena que contiene todos los géneros y también es un vaivén de emociones. Es el instante de revelación final: ahora voy a alzar el velo de tenue misterio: a qué venía el detalle del tiempo al que me referí al principio: a que durante todo el capítulo no hubo cortes de cámara. Pueden haberla filmado varias veces hasta que les salió perfecta, pero les salió *perfecta*. Paul, Jamie, su bebé y Murray, nada más: los personajes que van a quedar.

Como remate, el epílogo – esa otra costumbre de las series yanquis - es también muy interesante: sentados en el sillón de su living, ante su televisor, Paul y Jamie están mirando el exacto capítulo que ellos acaban de representar como actores. Un escándalo para Bertol Brecht: su teoría del distanciamiento y del realismo viviente usurpada – magistralmente - por talentosos actores del Imperio.

Nos muestran sus rostros y cómo lo van comentando. Paul destaca lo técnico: dice que qué notable es una escena sola de 20 minutos sin cortes. Destaca además que es una única escena filmada con una cámara fija, que jamás se movió. Si un actor se equivoca, tienen que hacer todo de nuevo, le dije a Jamie. Ella, en cambio, la mira a ella: se mira a sí misma. “Está preocupada”, le dice a Paul, refiriéndose a la Jamie de la tele. Luego se emociona cuando al final “ella – que es ella - llora”. Como al pasar, también, dice algo que en cierta forma sintetiza la concepción que tiene una gran actriz sobre su propia profesión: “Te estás perdiendo lo importante, qué interesa cómo lo grabaron. ¿Y qué tiene si es una sola escena de tanto tiempo? ¿Por qué se van a equivocar? Si son actores; es lo que saben hacer...”

(A veces el arte, me parece – y este es un comentario vilmente elitista, lo acepto -, necesita explicarse a sí mismo si va a exhibirse ante un público masivo que probablemente, por costumbre o sólo porque espera ver algo acorde a la

mediocridad rigurosa de las demás *sit coms*, no puede percibir en su totalidad lo inusual y complejo de lo que acaba de presenciar. Y para no hacerla muy larga – y porque tampoco sería una joya – vamos a ahorrarnos el juego fácil de interpretar esa *única* cámara, y su *único* plano y su *única* escena que con lenta y tenaz insistencia nos sumerge de lleno en la trama profunda – donde, seguro, hay *algo más* que contingencias - de un capítulo que, para colmo, se llama “La conversación” y lo protagonizan un hombre y una mujer que se aman). No existe la caja boba; existen muchos bobos que hacen y miran televisión. Intentemos estar del mejor lado.

Para terminar: que quede claro que todo el capítulo tiene más matices, más detalles y más riquezas que las que yo podría escribir. Pero básicamente tiene risas, lágrimas, amor y compromiso, personificado a través de dos actores trabajando con maestría y orgullo en lo que saben hacer, y con un formato técnico inédito para el género de las *sit com*, en una serie que va a quedar para siempre. ¿Qué más se puede pedir?

7. BONUS TRACK

Yo sé que no los vi todos. Siempre alguno de los 164 capítulos me quedará sin ser visto; pero no me preocupa, al contrario: me alegra. Porque será mi eterna excusa para volver a verlos cada vez que pueda y los repitan en algún canal de por ahí. Quién sabe. Siempre valdrá la pena echar un vistazo; tal vez, justo por casualidad, me encuentre con lo inédito, con aquel que nunca había visto y me andaba esperando.

Nicolás A. Valdés Mavrakis ®

valdesmavrakis@hotmail.com

*Primera versión: Febrero 2004
Corrección y puesta en limpio: Marzo, Abril
y hasta una parte de Mayo de 2004*

Fuentes:

www.madabouthelen.com

www.imdb.com

www.geocities.com/TvPilotGuy/madaboutyou

más mucha imaginación, un poco de tiempo libre y voluntad.

¹ La quinta nota al pie es gratuita, por eso su existencia. Sería así: el llanto inquebrantable es la Ley, y la conciencia de los padres es el Guardián. Claro que, en este caso, el final es muy distinto.